
Una guerra injusta contra los débiles no puede ser gloriosa*

Barbara Kingsolver

No sé qué pueda tener esta fecha de grandiosa. Se me fue el alma al suelo cuando tomé el periódico y me topé, escrito con una tipografía ostentosa y fanfarrona, con el titular: ¡Estados Unidos devuelve el golpe! -juro que las letras medían 25 centímetros. ¿No deberían reservar los tipos de este tamaño, para algo así como la guerra nuclear?

Hemos respondido a un ataque terrorista con otro ataque terrorista, desatando una lluvia de muerte sobre la población que más miedo le tiene a la guerra, sobre la población más aterrada que alguna vez haya podido arrastrarse hasta la puerta y mirado hacia fuera. También lanzamos unas cajitas plásticas con comida que sirven para disfrazar. Según informes, estas cajas permanecen intactas; lógico: los afganos se han pasado la vida aprendiendo a aterrarse de cualquier cosa que les arrojen desde el cielo. Mientras tanto, la ayuda alimentaria genuina, de la que tantos dependen para sobrevivir, se ha parado por culpa de la guerra. Hemos matado a todos los que por ser demasiado pobres o estar inválidos no han podido darse a la huida, y por si fuera poco además, a cuatro representantes de organizaciones humanitarias encargados de coordinar la remoción de minas del sitiado terreno afgano. Ahora esa oficina ha quedado reducida a cascajo, como mi corazón. No me queda más remedio que seguir abogando para que cese esta locura. Sé que me regañarán por ello. De hecho ya me han puesto todos los nombres que aparecen en el Manual de Rush Limbaugh: 'traidora, pecadora, ingenua, liberal, pacifista estrafalaria, y hasta quejumbrosa. Me dicen que

* Tomado de www.zmag.org/kingsolver.htm

¹ Rush Limbaugh es un locutor de radio de Estados Unidos, que ha creado una larga lista de motes e insultos para todo tipo de ocasiones. N. de la E.

soy un peligro porque me entrometo y obstaculizo este proyecto santo en el que nos hemos comprometido de seguir lanzando objetos pesados desde el cielo hasta aniquilar a nuestro último enemigo potencial. Algunos rezan por mi alma inmortal, otros se han ofrecido a pagarme un boleto sin regreso a cualquier país. Acepto estos regalos con una gratitud equivalente al espíritu de generosidad con el cual me los ofrecen. No falta el que amenaza vagamente con un " ¡No opinaría lo mismo si hubieran matado a su propio hijo en la guerra!" (precisamente porque puedo imaginar tal horror es que opino de la manera como lo hago). A veces me siento como la representante solitaria de un ejército cuya única integrante soy yo, que salgo al llano a ondear mi ridícula banderita de la esperanza. Entonces llamo a algunos amigos. Recordamos, simple y llanamente, que la última vez que la mayoría de nosotros elegimos a alguien a través del conteo directo de votos, no votamos por el tipo éste que ahora nos dice que ganaremos esta guerra y que no nos "subestimemos". No nos hemos aislado de la gente, nosotros somos la gente. Somos millones los que tenemos el valor de mirar la vida de frente, cara a cara, sin importar lo horrible que se pongan las cosas y aun así tratamos de seguir amándola. Proponer alternativas a la guerra no es una ingenuidad. Podríamos ser la nación mas generosa de la Tierra, dentro y fuera. Cuando miro el panorama más amplio me doy cuenta de que otras naciones con menos recursos que los nuestros han podido encontrarle soluciones a problemas que a nosotros parecieran desconcertarnos. Me gustaría terminar con la beneficencia corporativa para poder destinar ese dinero a resolver de una vez por todas el problema de los que no tienen casa, como lo han hecho otras naciones antes que nosotros. Me gustaría tener un sistema de salud pública humanitario como el de Canadá. Me gustaría tener el sistema de transporte de París aquí mismo, en mi ciudad, gracias. Me gustaría que tuviéramos el consumo modesto de energía que tienen los europeos, hasta me gustaría llegar más lejos todavía. Me gustaría tener un gobierno que subsidiara fuentes de energía renovables en lugar de andar de policías patrullando el planeta con la excusa de proteger la glotonería petrolera. Porque, no nos engañemos, la glotonería petrolera es la que nos ha llevado a esta guerra santa, y se trata de un barril sin fondo. Quisiera que firmáramos hoy el tratado de Kioto y que redujéramos nuestras emisiones de monóxido de carbono mediante una legislación que nos permitiera reorganizar nuestras vidas más moderadamente, facilitando un estilo de

vida más seguro y menos glotón. Si pudiéramos mostrarle al mundo esta faz, si este fuera el modelo, aunado a un presupuesto militar del tamaño del de Islandia.

¿Cómo no voy a tener una visión infantil de una guerra donde los hombres se están portando como niños? Ellos no están al servicio de la justicia, sino simplemente al de la venganza. Lo propio de los adultos sería la instauración de la justicia mediante el uso de leyes consensuadas. Los criminales incivilizados son imputables todavía a través de instituciones civilizadas; hemos abolido la lapidación hace mucho. Tanto la Corte Mundial como el mundo musulmán completo están listos para juzgar a Osama bin Laden y a sus cómplices. Si en lugar de destinar unos cuantos billones de dólares a bombas, los destináramos a comida, salud y educación, apuesto a que tendríamos suficientes amigos que nos ayudarían a encontrarlo. Además aprovecho para señalar, ya que nadie lo ha hecho, que los talibanes son cómplices, no perpetradores, un detalle legal que ha sido fácilmente ignorado con las prisas de encontrar un estado soberano que sirva de blanco para el lanzamiento de bombas. A pesar de la frecuencia con la que aparece la palabra "inteligencia" yo me siento como si estuviera en un patio de recreo donde los pequeñines se gritan uno al otro: "Él fue el que empezó" y se tiran piedras; con las piedras se siguen quitando uno al otro un ojo, un diente. Yo observo a ver si aparece alguna mamá a poner orden en la escena diciendo, "Niños, niños, aquí el problema no es quién empezó. Se están haciendo daño".

Yo soy la mamá de alguno y lo voy a decir ahora: El asunto es que se están lastimando. Detengámonos a revisar la destrucción monstruosa de este ciclo de represalias sin fin. La verdad es que en ésta no van a ganar las armas más grandotas. Cuando hay gente en el mundo llena de odio y dispuesta a usar nuestros propios aviones como bombas, es obvio que la cuestión no es aventajarlos tecnológicamente.

No se puede curar un cáncer matando todas las células del cuerpo, o quizás sí, pero entonces ya no tendría sentido. En esta guerra la cuestión es quién es capaz de odiar con más intensidad. No hay límites para una escalada de ese tipo. Se va a terminar solamente cuando tengamos las agallas para decir que no importa quién fue el que empezó, y a partir de ahí tratemos de entender para entonces poder alterar las fuerzas que generan el odio. Nosotros siempre hemos estado en guerra aunque nuestros ciudadanos han permanecido más o menos insulados

de las verdaderas implicaciones hasta el 11 de septiembre. Entonces de repente empezamos a decir: "El mundo ha cambiado. Esto es nuevo". Si hay algo nuevo bajo el sol en lo que se refiere a la guerra, alguna alternativa para la manera en que la gente muere cuando se lanzan objetos pesados desde lo alto, por favor, por todos los cielos déjenme verlo. Quiero verlo ya.

Traducción: Enid Álvarez